

# Las tramas de la feminidad

*María José García Oramas\**

## *Resumen*

Replantear los modelos de análisis sobre la construcción subjetiva de las mujeres a partir de su propia singularidad, desde el modelo alternativo de la diferencia, es relevante para lograr la participación social de las mujeres en la vida colectiva, sustentada en una identidad personal y civil plena.

La teoría psicoanalítica permite abordar esta temática partiendo de la complejidad de la experiencia humana desde su dimensión más profunda, que es la del deseo. La autora analiza las formas en que es posible experimentar el goce femenino postulado por Lacan, quien utiliza como ejemplo de ello la experiencia mística de algunas mujeres, contra-argumentando, sin embargo, las interpretaciones de autores como Pascal Melà (1988) en tanto plantea el goce femenino sólo como un encuentro con otro, el único hombre *más allá* del orden fálico, Dios, con el goce como experiencia vital del conocimiento humano, en tanto ser barrado mujer, que narra Sor Juana Inés de la Cruz en su magnífico poema titulado *Primero Sueño* (1691).

## *Abstract*

In order to achieve women's social participation as full citizens, having a personal and a civil identity as such, it is relevant to analyze current models of women's subjective construction using the alternative paradigm of difference.

Psychoanalytical theory allows us to consider this issue from the deepest and complex dimension of the human's experience, that is to say, desire. Therefore, the author discusses the ways in which women experience *feminine jouissance*, in Lacan's terms, contrasting, however, the narratives of some mystic women in the terms in which Pascal Mela (1988) analyzes them –only as an encounter with an other, the only one *beyond* the phallic order, God–, with feminine jouissance as a vital experience of the human knowledge, as a barred woman's subject, as described by Sor Juana Ines de la Cruz in her great poem, *First Dream* (1691).

\* Profesora-investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana.  
Dirección electrónica: maria\_josegarcia@hotmail.com

[...] y restituyendo  
entera a los sentidos exteriores su operación,  
quedando a la luz más cierta  
el mundo iluminado y yo despierta

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Primero sueño*.

En los tiempos que corren, luego de que el siglo xx fuera reconocido como “el siglo de las mujeres” ya que ellas fueron las protagonistas principales de los movimientos sociales más significativos acontecidos en ese siglo recién concluido, considero que, con todos los logros obtenidos, aún quedan ciertas asignaturas pendientes al feminismo, entre las que destacaría la reflexión exhaustiva de la subjetividad femenina como punto de partida para la participación de las mujeres en la vida colectiva desde sus propios referentes. Ello porque coincido con Luce Irigaray (2000), en considerar que la equidad de género sólo puede volverse una realidad en la vida cotidiana de hombres y mujeres si y sólo si surge de una acción colectiva que parta de mujeres singulares que posean una identidad personal y civil plena.

Y si bien pudiera argumentarse que es precisamente en la acción colectiva en donde se producen nuevas formas de subjetividad, considero que es ahí mismo donde se corre el riesgo de reproducir viejas formas de subjetividad, como nos lo han demostrado ampliamente los grandes movimientos revolucionarios de masas del pasado cuyos paradójicos resultados nos indican que, como también lo plantea Alain Touraine (2005), la acción colectiva, para ser verdaderamente transformadora, ha de consolidarse desde la participación libre y responsable de sujetos singulares que, actuando con una identidad plena –aunque ciertamente ésta se vaya reconstruyendo a lo largo de la vida junto con los(as) otros– sean capaces de participar autogestivamente con los demás en el logro de las metas comunes que se han propuesto.

Considero pues que el llamado “retorno al sujeto” en la acción colectiva nos apela en tanto mujeres y nos conduce hacia una necesaria e impostergable reflexión sobre la construcción de nuestra subjetividad desde nuestras diferencias. Pienso que este proceso nos

permitirá construir nuevos paradigmas y formas de acción colectiva distintos a los postulados del modelo hegemónico de lo humano que nos ha sido impuesto a lo largo de los siglos como único, es decir, el masculino. Modelo de dominación que si bien nos ha limitado, hemos reproducido también nosotras mismas como nos lo ha advertido ya Pierre Bourdieu (1990).

Desde mi punto de vista, y siguiendo de nuevo a Luce Irigaray (2000), lo propio del modelo de la feminidad es justamente partir de la riqueza de la diferencia alejándonos del modelo del “uno” y de la “mismidad”. Y si bien para algunos autores transitar por estos caminos conlleva el riesgo de desarrollar una “obsesión por la identidad” (Derrida, 2001), cayendo nuevamente en posturas “esencialistas” que tienden a homogeneizar a las mujeres desde modelos universalistas que, de nuevo, se hacen hegemónicos, considero que, por el contrario, ello nos conducirá hacia la “revolución del pensamiento” a la que apela Irigaray, en un camino de construcción de nuevos paradigmas que permitirán no sólo avanzar en la lucha por la liberación femenina sino, además, consolidar una nueva cultura democrática a dos sujetos.

Mi interés, entonces, por profundizar en las *tramas de la feminidad*, es enfatizar la importancia de vincular los procesos de construcción subjetiva con nuevas formas, más creativas e innovadoras de acción colectiva, partiendo del reconocimiento de nuestra subjetividad, una a una, en la aceptación y uso fecundo de nuestras diferencias, para cada una ser capaz de actuar colectivamente junto con otras y otras.

En este sentido, busco que se comprenda que la diferencia sexual y, por ende, la lucha por la promoción de la liberación femenina, no es una “guerra entre sexos” sino, por el contrario, un camino de reconocimiento y comprensión de la experiencia humana desde su dimensión más esencial, que es el deseo, partiendo del hecho de que hay por lo menos dos modos de goce en la experiencia de vida: uno femenino y otro masculino. Desde ahí, intento demostrar cuán limitante ha sido para las mujeres vivenciarse como seres humanos a partir de un solo modelo de construcción subjetiva, exhaltando el valor de la singularidad del sujeto humano y de las múltiples posibi-

lidades con que cuenta para devenir sujeto de su propio deseo. En este recorrido parto de los postulados de Sigmund Freud, quien ya desde 1933 nos señalaba el camino:

Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más [...] aquello que constituye la masculinidad o femineidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender.<sup>1</sup>

Sin embargo, sería Lacan quien, años más tarde, intentaría ahondar sobre este *carácter desconocido* de la sexualidad humana que *la anatomía no puede aprehender* y que no es otro que el deseo. Y porque este último es imposible de satisfacer, ya que se sostiene en la falta, la experiencia humana nunca es completa y, por ende, somos seres en permanente construcción de nuestro propio ser. Esta falta constitutiva de nuestra humanidad, tanto del hombre como de la mujer, es, simultáneamente, la fuente de placer y de sufrimiento que acompaña a todas y cada una de nuestras experiencias y la fuente de libertad, de fecundidad y creatividad que nos hacen únicas.

El siempre inacabado camino de construcción de los sujetos, hombres y mujeres, se asocia entonces a la manera particular de experimentar su propia humanidad en función de lo más propio de su ser: el deseo. En este sentido ni la masculinidad pasa necesariamente por la dominación ni la femineidad por la experiencia de la maternidad, como nos han hecho creer durante tanto tiempo, por muy trascendente que ello sea para garantizar el orden social y la reproducción de la especie humana ni por mucho que estas posiciones alimenten nuestra ilusión de completud. Por el contrario, el devenir sujeto humano hombre o mujer pasa, más bien, por la manera en que nos enfrentamos a nuestra propia falta y ante las vicisitudes que necesariamente atravesamos para devenir sujetos de nuestro propio deseo.

<sup>1</sup> Sigmund Freud (1933:105 y ss.) citado por Marina Lieberman, "Freud con mujeres", *Tramas, subjetividad y procesos sociales*, núms. 18-19, UAM-Xochimilco, México, 2002, pp. 295-305.

Respecto del tema que nos compete, es decir, *las tramas de la femi- nidad*, abordándolo desde esta perspectiva, Lacan (1975) plantea que “La mujer no existe”, en tanto no puede abordarse como genérico universal ya que es el hombre, sujeto (supuesto) poseedor del representante del poder, es decir, del falo, el representante de lo universal. Por el contrario, la mujer, en la medida en que no es generalizable, sólo puede ser comprendida en cada caso particular, una a una.

Lacan considera entonces la diferencia sexual a partir de dos formas de goce: el masculino, sexuado, todo fálico, cuyo significante es el falo, marcado por la prohibición que se establece mediante el lenguaje y; el “otro goce”, femenino, no fálico, más allá de la sexualidad, sin significante y ligado al ser y a la existencia misma en tanto seres vivos.

Considero que es a partir de esto que Luce Irigaray (2000) postularía años más tarde la idea de que la feminidad apela a un otro modelo de comprensión de lo humano haciendo énfasis en la diferencia en tanto hay, por lo menos, diferencia en las forma de experimentar el goce –entendido no como la plena satisfacción de la pulsión hacia donde apuntaba la obra de Freud, sino, como ya lo mencioné, el placer y el sufrimiento que acompañan a la siempre inacabada experiencia humana.

Siguiendo con Lacan, este autor considera que en la medida en que la mujer “no está toda” en el orden simbólico, puede acercarse a lo real, algo de ella puede escaparse y moverse del mundo simbólico, del deseo de poder y del falo hacia la experiencia del ser. Sin embargo, como este *otro goce* carece de significante en tanto es el hueco, la nada, es un goce que aun cuando algunas mujeres experimentan –si bien no todas las mujeres–, en tanto pertenece a la categoría de lo real, escapa al saber y a lo simbólico. La feminidad queda entonces, a mi parecer, condenada a permanecer en el enigma y Lacan se preguntará aún: *¿Qué quiere la mujer?*

En un intento por ahondar en los misterios del goce femenino, Lacan postula que éste puede ser abordado a partir de la experiencia mística de éxtasis que narran algunas mujeres como Santa Teresa de Ávila y Hadewijch de Amberes. Al respecto postularía que, más allá del mundo fálico, la mujer busca el encuentro con otro, con el único

que puede estar con ella en esta otra parte, *al menos uno* más allá del falo: dios. Pero, de nuevo, como lo único que estas mujeres pueden hacer frente a esta experiencia es callarla o gritarla (Melá, 1988), el enigma permanece.

Resulta curioso pensar que aun en el más allá la mujer necesite fundirse con un otro masculino en vez de experimentarse como ser humano ante la nada y ante su propia falta si, precisamente, lo propio del goce femenino es el encuentro con el propio ser. Además, que las mujeres no podamos decir nada sobre este goce aun cuando lo pudiéramos experimentar. Creo entonces que podríamos abordar el goce femenino en otros términos, en nuestros términos, es decir, en términos del ser y decir algo sobre ello más allá del grito. Afortunadamente contamos con el ejemplo de una singular mujer: Sor Juana Inés de la Cruz. Ella, en su magnífica obra titulada *Primero sueño*, narra, desde mi punto de vista, una clara experiencia de goce femenino que nos permite ahondar en los avatares de la subjetividad femenina desde nuevos parámetros de referencia.<sup>2</sup>

En mi análisis, sigo el camino andado por Julia Kristeva (1990) para comprender la femineidad y las posibilidades de liberación de las mujeres por la vía de la exploración de la vida y la obra, una a una, de ciertas mujeres geniales, quienes al trascender su condición nos dan muestra de los múltiples caminos de libertad que tenemos para experimentar el goce de ser mujeres, aun frente a situaciones de fuerte opresión. Sigo también a Octavio Paz cuando afirma que: “Si hay un temperamento femenino en el más furioso sentido del término, ese es Sor Juana” (1982:33), evocándola como mujer singular más allá

<sup>2</sup> A lo largo del tiempo, *Primero sueño* ha sido analizada e interpretada de múltiples maneras, ya sea por su belleza literaria o por su erudición filosófica y científica. Lo cierto es que en el punto en que todos los analistas coinciden es en el hecho de que ésta representa la obra más íntima y personal de Sor Juana dado que ella misma así lo manifiesta en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*: “no me acuerdo haber escrito por mi gusto, si no es un papelito que llaman El Sueño”.

Recientemente, Alejandro Soriano Valles (2000), hace un análisis de esta obra desde la óptica de su influencia tomista y considera que *Primero sueño* describe, por un lado, un “sueño externo” en relación con el conocimiento humano y, por el otro, un *otro* sueño, “sueño interno”, su propio e íntimo sueño. Es en este último sentido en el que ubico mi interpretación personal de esta magnífica obra.

de que hoy en día se encuentre “triplemente canonizada en tanto representa una de las primeras y más grandes figuras literarias de América Latina, la máxima exponente de la literatura barroca en lengua castellana y además, la primera escritora feminista en el Nuevo Mundo” (Bergmann, 1990:12).

Considero a Sor Juana no como una santa ni una iluminada, sino como una mujer capaz de experimentar lo *más furioso del temperamento femenino*, es decir, el otro goce, en tanto experiencia existencial frente al acto de conocer aceptándose como sujeto barrado, capaz de ir más allá de la lógica fálica siguiendo su propio deseo, más allá de los límites del mundo simbólico, del silencio y del grito, siendo capaz de describir su experiencia y transformarla en poesía, en canción.

En efecto, como lo apunta Octavio Paz en *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, existen muchas diferencias entre las experiencias que narran otras místicas y la narración del sueño de Sor Juana. En principio, y a diferencia de Santa Teresa de Ávila, quien en su *Vida escrita por ella misma* se ve obligada a escribir su experiencia de “iluminación divina” a instancia de sus confesores –por supuesto hombres y bajo la amenaza del Tribunal de la Santa Inquisición (Solano, 1998); el *Primero sueño* de Sor Juana es la única de sus obras que escribe por gusto y no por encargo. Siempre, desde luego, bajo la misma amenaza de la Inquisición, presente a lo largo de toda su vida y que le valió, al final de sus días, ser obligada, en este caso por su enemigo principal, el arzobispo de México, Francisco de Aguilar y Seijas, a declarar su arrepentimiento y demostrar su humildad y obediencia renunciando a sus estudios y a escribir para dedicarse al cuidado de los enfermos. Además, tuvo que rubricar todas sus obras como “*la más pecadora*”. Sor Juana muere en 1695, pocos años después de haber escrito y publicado su *Primero sueño* en 1691.

*Primero sueño*, es un poema en el cual Sor Juana describe la peregrinación del alma en las supraesferas lunares, mientras el cuerpo duerme. En esta experiencia y también a diferencia de otras narraciones, el cuerpo es separado de la mente no para perderse en el encuentro con dios en un goce “fuera de sí misma, abismada, sumida, sin saber, sin ver ni comprender nada más que el ser una con él, gozar con él” como lo narra en su *Visión de Dios* Hadewijch de Amberes,

citada por Pascal Melà (1995), sino, por el contrario, para experimentar, de manera consciente, la manera en que el alma aborda el acto de conocer, sola ante la inmensidad del universo.

El alma, liberándose del peso del cuerpo durante el sueño, permite el fluir de la fantasía. Sin embargo, el cuerpo no muere sino que permanece vivo y alerta, como un vigía nocturno, a partir del funcionamiento de órganos vitales como el corazón, los pulmones y el estómago:

El alma, pues, suspensa  
 del exterior gobierno, –en que se ocupaba  
 en material empleo,  
 si bien o mal da el día por gastado–  
 solamente dispensa  
 remota, si del todo separada  
 no, a la muerte temporal opresos  
 lánguidos miembros, sosegados huesos,  
 los gajes del calor vegetativo,  
 el cuerpo siendo, en sosegada calma,  
 un cadáver con alma,  
 muerto a la vida y a la muerte vivo,  
 de lo segundo dando tardas señas  
 el del reloj humano  
 vital volante que, si no con mano,  
 con arterial concierto, unas pequeñas  
 muestras, pulsando, manifiesta lento  
 de su bien regulado movimiento

[...] y la imaginativa  
 en forma ya más pura  
 entrego a la memoria que, oficiosa,  
 grabó tenaz y guarda cuidadosa,  
 sino que daban a la fantasía  
 lugar de que formase  
 imágenes diversas.  
 (Sor Juana, 1691:200-260)

Así, suspendida en las alturas,

la fantasía tranquila va copiando las imágenes de las cosas y por ingeniosos medios se las exhibe al alma, reconcentrada toda en una como intuición de su propio ser es-piritual y su esencia hermosa, quien contemplaba esa centella o chispa de Dios que gozaba dentro de sí, por participación que El mismo le dió, al haberla creado a su semejanza (Sor Juana, 1691:292).

La noche de Sor Juana no es pues una noche de fusión ni de evasión para perderse a sí misma con dios; sino una noche intelectual, *otro* sueño para mirar la inmensidad con los propios ojos gozando, en tanto ser humano, de la *chispa* que dios le dio a semejanza de sí gracias a la cual le nace el impulso de subir hacia el cielo, movida por el propio deseo y no llevada ahí obedeciendo la voluntad divina.

Sor Juana describe con singular belleza el placer que experimenta su alma en entera libertad, encumbrada en lo más alto de su sueño:

[...] Haciendo cumbre de su propio vuelo,  
en la más eminente  
la encumbró parte de su propia mente,  
de sí tan remontada, que creía  
que a otra nueva región de sí salía.

En cuya casi elevación inmensa,  
gozosa mas suspensa,  
suspensa pero ufana,  
y atónita aunque ufana, la suprema (el alma)  
de los sublunar Reina soberana,  
la vista perspícaz, libre de anteojos,  
de sus intelectuales bellos ojos,  
(sin que distancia tema  
ni de obstáculo opaco se recele,  
que de interpuesto algún objetivo cele),  
libre tendió por todo lo criado...  
(Sor Juana, 1691:430-440).

El alma en libertad es pues “la más bella forma de vida, enriquecida de sentidos y –lo que es más– de imaginación, potencia capaz de aprehender las imágenes de los objetos y digna de provocarle envidia a la Estrella inanimada que centellea más luminosa” (Sor Juana, 1691:639).

Sin embargo, consciente de las limitaciones de su condición humana, una vez en la cima, el conocimiento no puede comprender toda la riqueza de la inmensidad del universo y retrocede. Como alguien que se expone repentinamente a la claridad de la luz luego de haber estado en la oscuridad, de esta misma manera el alma se deslumbra ante una visión tan intensa y siente vértigo y duda, ante lo cual se regresa y da marcha atrás hacia sí misma. No puede enfrentar la luz celestial pues

precisamente por mirarlo todo, nada veía porque el exceso produce efectos contrarios en la débil potencia: el cual no puede recibir de nuevo la lumbre del Sol, por hallarse deshabituado, y contra esas ofensas de la luz apela a las tinieblas mismas que antes le eran oscuro obstáculo de su vista (Sor Juana, 1691:495).

No por ello el alma se da por vencida y

regresando a su punto de partida con el timón destrozado y con los mástiles rotos, y besando las astillas de su bajel las arenas de aquella playa; y, en ella, recobrado el Entendimiento, lo reparó la cuerda reflexión y templada prudencia de un juicio discreto que, refrenado en su misma actividad, estimó más conveniente el reducirse a algún asunto particular, o ir estudiando separadamente, grupo tras grupo, las cosas que se pueden sintetizar en categorías (Sor Juana, 1691:560).

Entonces, el alma fortalecida decide subir de nuevo pero ahora con un método, paso a paso, contemplando las criaturas de lo más simple a lo más complejo, yendo del reino mineral, al vegetal y de ahí al animal

con lo cual, se subsana sabiamente nuestra incapacidad natural de poder conocer con una sola intuición todo lo creado; y haciendo escala de un concepto a otro, vá dicho arte subiendo grada por grada, y sigue el orden relativo del comprender unas cosas por su relación con otras, obligado por el limitado vigor del intelecto. [En este intento, duda porque] quería unas veces ir pero otras desistía juzgando atrevimiento excesivo el que quisiera razonarlo todo, [...] porque teme –cobarde– no comprender jamás o solo comprenderlo “tarde o mal” pues es pesada y grave mole la faena de investigar la Naturaleza (Sor Juana, 1691:757).

Aun dudando pero movida por “esta sed desenfrenada del saber”; el alma continúa hacia delante ya que “no hay amenaza de ningún castigo que baste a remover (o disuadir) el segundo intento, o sea la renovada ambición de la misma hazaña”. Para ello, Sor Juana evoca a Phaeton, el joven humano que no cesó en su desafiante intento de conducir el carro del sol, ni siquiera cuando su padre Apolo le advirtió de los peligros que podría atravesar y quien, al final, terminó arrojado al fondo del mar destrozado por un rayo de Júpiter.

Continúa Sor Juana,

Pero entre tanto –mientras que la elección de mi intelecto zozobraba confusa, entre los escollos de estas decisiones contrarias, tocando sirtes o arrecifes de imposibles en cuantos rumbos intentaba seguir– el cuerpo comienza a despertar, se van desvaneciendo las imágenes y comienza la luz del día con una luz más cierta que la de la Aurora y el Sueño –iluminando el cosmos a nuestros ojos, y yo despierta (Sor Juana, 1691:958).

De esta forma, cuando súbitamente el cuerpo despierta, no lo hace debido a los intensísimos dolores que nos narra Santa Teresa, sino que despierta dulcemente, con la luz del alba cuando el cuerpo necesita de nuevo alimentarse y desperezarse. Coincido con Paz en que Sor Juana “no está buscando llenar la falta con el lenguaje de falsos destellos de luz, sino penetrar en el ser” (1988:v), “trasciende su destino personal e histórico, logra la victoria frente a la derrota y transforma el silencio en canción” (1988:iii).

Volviendo a los postulados de Lacan, considero que penetrar en las formas de experimentar el goce femenino, como nos lo ayuda a comprender Sor Juana, implica repensar cómo este goce no se juega desde la posición masculina de poseer o no poseer el falo que es “uno y concreto”, sino desde la femenina, de ser o no ser “múltiple y fluida” (Irigaray, 2000). Y para entenderlo en nuestros términos, es decir, en poesía, en canción, aunque no contemos con un significante en el orden fálico del lenguaje, sí contamos con imágenes de la naturaleza y de la nuestra en particular, entre las que puedo nombrar la Luna y la mar, que fluyen llenándose y vaciándose permanentemente, o el seno materno: lleno y vacío: hacia adentro, el vientre generando vida y hacia fuera, frente al hueco, la nada. Aún más, si contamos con una forma de ponerlo en palabras en inglés: *whole / hole*, que suenan igual pero son opuestas: una alude a lo completo, otra a lo vacío.

Siguiendo el andar de Sor Juana y las enseñanzas de Lacan, resulta claro que gozar el placer que nos brindan nuestros sueños no nos libra del sufrimiento que, irremediablemente, los acompañan. Así, la lucha por nuestra libertad nos lleva a mirar de frente los fantasmas internos y la realidad externa que nos convoca y que, en muchas ocasiones, nos oprime, a cada una de nosotras, para devenir sujetos libres y autónomos, fieles a nuestros propios deseos pero sabiendo que es imprescindible recorrer el largo camino hacia arriba que ella nos describe: lleno de peligros y vicisitudes propias a nuestra historia personal y a nuestro tiempo, movidas por esa *chispa o centella* que nos hace únicas y aun por ello tengamos que pagar un alto precio.

El psicoanálisis nos ha permitido reconocer que el destino no es otra cosa que pasividad, repetición y obediencia y, por tanto, la renuncia al propio deseo. Por ello, el camino para devenir mujeres y transformar el mundo en que vivimos mediante una acción colectiva autogestiva y comprometida, consiste, a mi parecer, en construir nuevos paradigmas para comprendernos como seres humanos mujeres, aceptando nuestras posibilidades y limitaciones, sobre todo la incompletud de nuestro ser y por ende la imposibilidad de comprenderlo todo o cambiarlo todo de un solo golpe, como la única herramienta con que contamos para ampliar nuestros límites de libertad y creatividad, para desde ahí transformar el mundo que nos tocó vivir.

## Bibliografía

- Bergmann, Emile, "Sor Juana Inés de la Cruz: dreaming in a double voice", *Women, Politics and Culture in Latin America*, University of California Press, 1990.
- Bourdieu, Pierre, "La dominación masculina", *La Ventana*, núm. 3, Universidad de Guadalajara, 1996.
- García Oramas, María José, "Sor Juana Inés de la Cruz, Her life, Her choices, Her jouissance", *Newsletter, The Janey Program for Latinamerican Studies*, núm. 12, New School University, Nueva York, 1998, pp. 32-38.
- , "Los riesgos de una democracia incumplida, entrevista a Luce Irigaray", *Debate Feminista*, núm. 3, México, 2002, pp. 257-272.
- Irigaray, Luce, *La Democrazia Comincia a Due*, Bollati Boringhiere, Bologna, 1994.
- , *Ce Sexe Qui N'en est pas Un*, Editions de Minuit, Francia, 1997.
- Kristeva Julia, *La genie au feminine*, Le livre de Poche, París, 1996.
- Lacan, Jacques, *El Seminario. Aún*, Paidós, Buenos Aires, 1985.
- Lieberman, Marina, "Freud con mujeres", *Tramas, subjetividad y procesos sociales*, núms. 18/19, UAM-Xochimilco, México, 2002, pp. 295-305.
- Melá, Pascale, "Los gritos de la santa", *La psicosis en el texto*, Manantial, Barcelona, 1995.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Seix Barral, Barcelona, 1982.
- Roudinesco, Elizabeth y Jacques Derrida, *De Quoi Demain?, Dialogue*, Champs Flammarion, Fayard, Francia, 2001.
- Solano Suárez, Estela, "L'expérience de ravissement chez Sainte Thérèse D'Ávila", *Psicose et Ravissement*, Payot, París, 2000.
- Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño*, UNAM, México, 2004.
- , *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Fontamara, México, 1991.
- Soriano Valles, Alejandro, *El Primero sueño de Sor Juana Inés de la Cruz, bases tomistas*, UNAM, México, 2000.